

**6:30**

6:30 a.m. Alarma. Suena la *Forest melody* predeterminada del celular. Burda imitación de cascada y sonidos de pájaros. Pero a José no le daban ganas de buscarse otro despertar. Al incorporarse en la cama notó que sería otra fresca mañana de finales de otoño. Bajó los pies tocando el suelo en un movimiento abrupto. Estrategia para no caer en la trampa de seguir un minuto más.

Evitó mirar el lado vacío de la cama. Se vistió y calzó rápidamente y para seguir juntando ánimo levantó de un solo tirón la persiana de la venta, al tiempo corrió las frías cortinas. Miró a través del empañado vidrio con un entusiasmo que se derrumbó al instante. La niebla lo envolvía todo, tiñendo las calles con ese gris plomo poco alentador para otra cosa que no sea quedarte en la cama.

Luego del aseo invirtió el orden del día anterior y decidió tomar un desayuno rápido. A la vuelta podría comer algo más, ya con el estómago despierto. El perro lo miraba desde su rincón en la cocina. Mirada escasa que le indicaba, las pocas ganas que tenía de seguir con aquella ridícula idea de salir a correr. Pobre Roli, ¡el día tenía tantas horas! ¿Por qué empeñarse en correr a la mejor hora de dormir?

*Un día más*, pensó el novel corredor, *dicen que hay que ir día a día*, pensó, no demasiado convencido. Ocurre que todas las alarmas habían saltado en la última ida al médico. Fue por una gripe y por su edad derivó en un chequeo general, el primero. Resultado, debía bajar de peso.

La sugerencia, para aceptar, era acompañar todos aquellos cambios en su dieta con un ejercicio que le gustara. Así le había dicho la nutricionista, con una voz demasiado entusiasta: *¡cualquier ejercicio José, ¡algo que te guste! Fútbol, bicicleta, correr. ¿Correr?*, repitió en pregunta cuando lo miró por encima de sus lentes. ¿Acaso percibió un cambio en el rostro de José?

*Correr*, respondió él, quizás porque fue la última palabra que escuchó.

¿Le gustaba correr? Era difícil de explicar para él. Se le tornaba una experiencia ambigua. Como si el placer de correr llegara al final de cada salida.

Pasó llave al zaguán, guardó la llave en el bolsillo del pantalón. Evitó con dificultad al perro, que como sagrada rutina, casi como cábala, se le cruzaba siempre por las piernas. Siempre al momento justo de atravesar el umbral de la puerta, ni antes ni después. *¿Cómo lo hace?* Pensó José importunado por esta maña rutinaria de Roli.

La niebla gris lo envolvía todo. Ya eran casi las 7:15 y no había indicios de que el día hubiera comenzado. Es más, las luces del alumbrado público aún no se apagaban. Emprendió la marcha a paso firme, rápido. Sintió que le sobraba espacio en la vereda, la presencia que antes lo llenaba todo, hoy dejaba esa sensación que le disgustaba.

Las cuadras estaban tranquilas, regadas por el rocío que desprendían las pocas hojas que aún quedaban en los plátanos. Algún vecino que había sacado su auto para poner el motor a calentar, un par de motos se escucharon a lo lejos. Las cuadras que lo separaban de la Avenida Churchill dormían. Era el séptimo día que salía a correr y notó un detalle, se veía siempre la misma barrendera municipal. *Estamos cronometrados*, pensó, siempre se cruzaban en la misma cuadra.

No estaba tan frío como se imaginó antes de salir, todavía no entraba el invierno pero llegando a la Avenida se sentía un vientito que comenzaba a barrer las hojas de los plátanos. Vientito fresco.

En cuanto pisaron la Avenida, Roli se le adelantó bastante, siempre hacía lo mismo. Apuraba su tranco de pata corta y se ubicaba adelante, como marcando el trayecto. La cola lo delataba en su feliz vaivén, olisqueando todo lo que podía, de a ratos daba pequeños estornudos. Su hocico no podía registrar lo rápido de la marcha impuesta.

La Avenida era de postal, la niebla comenzaba a levantarse, se mezclaban los naranjas de las hojas caídas con el gris convertido en humo translúcido. Observar la Avenida tan hermosa le dio el "golpe" de ánimo que necesitaba. José comenzó su trote, suave, siempre igual. Cuando estuviera más entrenado podría apurarlo. Cada día se decía lo mismo y quizás ya era hora de imponérselo. Pero a ese ritmo suyo podía disfrutar de observar el paisaje, de llamar a Roli cuando se le desviara del camino, tenía temor a perderlo. Tonto temor que lo acompañaba desde la infancia cuando su mejor amigo, Roco, se le había extraviado. Pero jamás expresaba esto en voz alta. Era parte de las cosas que no le gustaba de sí, guardar sus emociones.

Algunas de las luces aún encendidas daban un toque parisino a la hermosa pasarela de pavimento y hojas. Ajustó la marcha con algo más de velocidad, poca, para entrar en calor antes de disponerse a estirar.

A pesar de lo difícil que le era levantarse y salir,, sintió una tibia satisfacción. Estaba haciendo algo bueno por sí mismo, ahora entendía que estaba bien hacerlo.

Ella también se lo había dicho. Es más, lo invitaba. Era verdad que tuvo que ocurrir *la separación* para que el sacudón impactara su vida.

Cerraba la segunda vuelta, listo para volver a casa intentando alejar ésta última reflexión de su mente. No quería comenzar el día otra vez con esa historia en su cabeza. Se da cuenta en ese instante de volver que la niebla se había levantado casi por completo. Al alzar la vista se podía ver el celeste de un día luminoso. El sol se colaba entre los árboles. Aparecían rayos que se movían al son de las ramas movidas por la brisa, se auguraba un lindo día otoñal. Los pájaros despertaban con sus gorjeos característicos. Roli, lo observó girando la cabeza hacia atrás, nunca dejaba de marcar la ruta pero tampoco se distraía, siempre atento con su amigo José.

Siguieron trotando por las cuadras de la ciudad. A 100 metros de su casa, busca las llaves en el bolsillo, nota que no las tiene y no lo puede creer. Lo invade la incertidumbre. ¿Se le habrían caído en el camino? En ese momento exacto Roli se adelanta y corre rápido hasta la puerta de su casa, va directo a alguien, hay una persona recostada en el zaguán.

José queda un poco frenado, baja el ritmo y comienza a caminar, no lo quiere creer pero sí. Es Ana. Verla acelera sus pulsaciones, quiere disimular el asombro, o lo bien que le hace volver a verla después de tanto. Roli le hace todas las fiestas y piruetas que es capaz, claro! ¿Quién estaría más feliz? Estando José a unos pasos, la observa. Ana levanta una mano con un juego de llaves, con el llavero de la letra A, lo mira y dice: *Las encontré tiradas al lado del zaguán*. Su voz tenía aquel tono apaciguador. Las miradas se encontraron, coincidían en el mismo brillo. ¿Querés pasar?, le dijo José tomando las llaves ofrecidas, y le cedió el paso luego de abrir, Roli se adelantó y ella le sonrió.